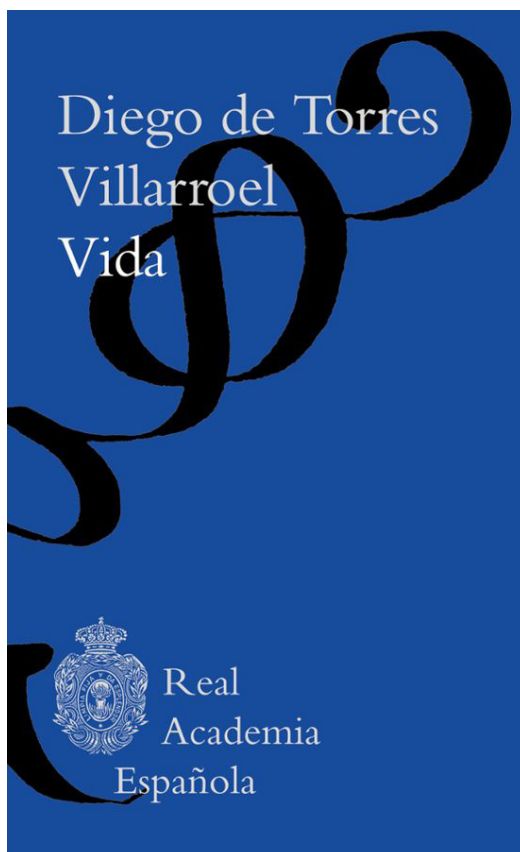


Diego de TORRES VILLARROEL, *Vida*, edición de Luis Gómez Canseco, Madrid, Real Academia Española, 2025, 496 págs.

En el ámbito filológico actual se pueden contar con los dedos de una mano a editores de amplio espectro capaces de hacer y decir cosas nuevas con textos canónicos de diferentes períodos históricos de nuestra literatura ayunos de ediciones críticas rigurosamente ecdóticas, generando además en el proceso un discurso explicativo que trascienda el mero acopio bibliográfico y el resumen compendiado del estado de la cuestión. Una de estas raras excepciones es el profesor Luis Gómez Canseco, cuya ingente obra en el terreno de las ediciones críticas —una parcela de su reseñable producción científica— abarca hitos fundamentales tan distintos y distantes en el tiempo como Juan de Mena, el teatro de Miguel de Cervantes, el *Guzmán de Alfarache* o la poesía

de Bécquer, entre otros. Casi nada. Pues bien, a este muestrario de monumentos a la buena filología se une ahora su última edición: la *Vida de Diego de Torres Villarroel*, que acaba de publicarse en la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española. Atendiendo tan solo a los antecedentes del editor y a la dimensión de la obra editada ya habría razones más que sobradas para saludar con el mayor entusiasmo y admiración el libro que ahora tenemos entre manos. Pero a medida que se avanza en el itinerario de la lectura del texto torresiano, fijado y anotado de manera ejemplar, lo que de subjetivo pudiera percibirse en nuestras palabras se convierte en certeza para cualquiera que tenga interés por estos meneste-



res y conozca la dificultad que implica acometer con éxito un proyecto de esta naturaleza.

Volveremos luego sobre las cuestiones textuales, pero queremos comenzar subrayando la lucidez del estudio y la diáfana explicación de una obra que tal vez pueda parecer fácil en una mirada inicial; aunque esta supuesta sencillez lo es solo en apariencia, ya que la urdimbre de la *Vida* se revela como algo tremendamente complejo en cuanto se trasvasa la lectura más superficial y nos metemos de lleno en harina filológica y de historia literaria. Pues bien, convertir en fácil lo difícil y visibilizar lo que se esconde bajo las máscaras y los artificios torresianos es justamente lo que hace el profesor Gómez Canseco articulando su estudio en cinco precisos bloques en los que nada falta y nada sobra.

El primer epígrafe, denominado «El discurrir de una existencia», ofrece en apretada síntesis las extensísimas vivencias del Torres Villarreal histórico, el objetivo y objetivable —con todas las dificultades que esto entraña para cualquier individuo, más en el caso del salmantino. Se elucida entonces su origen familiar y su vinculación con el mundo de los libreros, oficio que de seguro le afinó el olfato que demostraría tener para estos negocios a lo largo del tiempo. Se explican asimismo los pormenores de su formación, sus estudios inconclusos en Medicina, su apicarada existencia durante la juventud y una temprana vida de crápula que lo obligó a exiliarse a Portugal, allá por 1714. Cuatro años más tarde se encuentra ya haciendo sus primeros pinitos con los almanaques que tantos beneficios habrían de reportarle. A la altura de 1723 se está codeando con la condesa de los Arcos y con otro buen puñado de nobles madrileños, incluyendo al monarca, dado que allá por 1726 coincidió en El Escorial con el infante don Carlos, futuro Carlos III. Se pasa también revista a su vida itinerante entre Madrid —donde tan cómodo se sentía— y Salamanca —en cuyo claustro universitario no fue muy bien tratado, seguramente por descollar más de lo permisible a ojos de cualquier colega que se precie de serlo.

La década de los treinta está marcada por varios sucesos notables: la huida de nuestro hombre a Francia, acompañando a Juan Antonio de Salazar; un nuevo exilio a Portugal, obligado por la Corona; el posterior perdón regio, en 1634; o su peregrinación a Santiago en 1737. A partir de los años cuarenta, sus lazos con la nobleza se estrechan; y será también en el ecuador de esta década cuando se ordene sacerdote, se recupere de una grave enfermedad y peregrine en señal de agradecimiento a Guadalupe, en 1748. Pero, además, esta década marca también el comienzo de la primera entrega —la más gruesa— de su *Vida*, salida a la plaza del mundo en 1743. Durante los años sucesivos continuaría ampliando su gran obra, que culminaría en la década de los cincuenta, coincidiendo también

con su jubilación oficial en la Universidad de Salamanca, por más que continuara asistiendo al claustro hasta 1769, meses antes de fallecer.

Todos los pormenores del sujeto histórico Torres Villarroel resultan fundamentales para entender la originalísima creación que supone su *Vida*, dado que usará muchas de sus experiencias como cantera de materiales para formar la imagen literaria —rebotante de aristas y complejidades— que vuelca y construye a lo largo y ancho de las páginas que escribe.

El riguroso análisis de los datos históricos permite a Gómez Canseco desentrañar la personalidad del literato. Lo hace respondiendo a la pregunta «¿Quién es ese hombre?», que da título al segundo apartado de su estudio. Allí se iluminan las claves de bóveda que soportan las distancias entre la historia y la ficción, dejando claro que la *Vida* publicada por Torres no se corresponde con la vida experimentada por el escritor, puesto que en su producción discursiva «todo es apariencia, todo exhibición, todo relato» (pág. 267). Y efectivamente así ocurre a medida que se lee su biografía ficcional, en donde este se presenta, como explica Gómez Canseco, mediante al menos cinco disfraces: pícaro, almanaquero, médico, religioso y profesor universitario.

Por supuesto que cada uno de ellos tiene vínculos perceptibles y rastreables en la existencia torresiana, aunque en la formalización textual se muestra a través de un artefacto eminentemente literario y literaturizado. De modo que por más que el salmantino se comportase, hasta cierto punto, de manera disoluta o apicarada, lo que se presenta en su *Vida* reproduce no tanto esa existencia razonablemente objetiva cuanto el modelo de la ficción picaresca usado para ahormar en la escritura el itinerario verosímil de un ascenso social; el cual contiene, como precisa Gómez Canseco, muy poco de crítica al sistema de su tiempo y mucho de acomodo respecto de los patrones burgueses en los que consigue instalarse.

Otro tanto ocurre con su faceta como célebre creador de pronósticos y almanaques, cuyo éxito notorio debía conciliarse con el afán de Torres por presentarse como hombre ilustrado, de ciencia positiva y racional. Ello entra en fricción con otro de sus disfraces: el de médico. Sin haber terminado estudios reglados de Medicina, pero con suficientes conocimientos como para expresarse mediante la jerga propia de un Hipócrates de andar por casa, nuestro autor conciliará la sátira tópica a los matasanos con un sincero interés por todo lo que rodeaba a la ciencia, junto con las posibilidades que esta ofrecía para mejorar la calidad de vida tanto propia como ajena.

Podría pensarse que armonizar estas aparentes contrariedades sería algo complicado para Torres o indicio de una actitud hipócrita. Nada más lejos de la verdad. Como explica Gómez Canseco, Torres Villarroel tiene una personalidad

compleja, pero ante todo es un hombre de su tiempo. Conforme a ello, tampoco el cuarto de sus disfraces —el del hombre religioso— supone un problema para entender su posición vital, puesto que no hizo otra cosa sino conciliar fe y cultura tradicional con las preocupaciones intelectuales propias de su época y formación. Ofrece así el estudioso una alternativa más que convincente a las reservas de Sebold, que atisbaba un conflicto interior en el alma torresiana a propósito de este hecho. Como aclara Gómez Canseco, toda esta aparente contradicción «corresponde al modo común de vivir la religión en la época» (pág. 274). Y lo mismo vale para el quinto disfraz, el de profesor de la más alta institución educativa salmantina. Se podrá discutir su dedicación docente o cuestionar lo atinado de las críticas a su *alma mater* en la parcela ficcional, pero su identificación con los claroscuros del mundo académico es incuestionable, puesto que como atinadamente recuerda Gómez Canseco, cualquier requerimiento de su institución era atendido, ya que Torres Villarroel «era un animal universitario» (pág. 277). Va de suyo que la supervivencia o cohabitación en este hábitat, entonces como ahora, obligaba sin duda a tragar ciertas ruedas de molino y a convivir con alguna que otra contradicción.

Después de repasar un paisaje enmascarado tan rico como este, todavía puede suscitársele al lector la duda sobre quién es verdaderamente el tan traído y llevado escritor. Gómez Canseco lo aclara retomando todo lo anterior y sintetizándolo en una fórmula tan certera como sencilla en apariencia: Torres Villarroel fue «simple y llanamente, un escritor», de modo que «su vida se volcó hacia la palabra y la palabra se convirtió en su modo de vida» (pág. 278). Es difícil resumirlo con mayor justeza y tino. Previamente, claro está, se ha estudiado y puesto a disposición de los atentos lectores la amplísima batería de datos de la que se vale Gómez Canseco para ofrecer un detenido análisis de la producción torresiana, del que puede desprenderse que «toda su escritura es literaria y toda su literatura es aparentemente autobiográfica» (pág. 282), lo que permite comprender aún mejor los recovecos de su *Vida*.

De todo ello se da cumplida cuenta en el tercer bloque del estudio: «Una *Vida* a trozos». Esta parte central probablemente sea la más original y novedosa del estudio. Y no porque las otras no lo sean, sino porque este bloque dialoga con las fuentes primarias y la bibliografía crítica para ofrecer una lectura brillante, novedosa y renovadora que es absolutamente personal, además de muy acertada, a nuestro juicio.

En este riquísimo apartado se comienza señalando cómo el proyecto de la autobiografía se presentó en su arranque como una autojustificación de cara al monarca para solicitar su perdón por el exilio obligado, en un remedo del caso lazarillesco narrado muy por extenso. Efectivamente, el modelo del pícaro sirve

a Torres Villarroel para engastar en el marco de la ficción un buen puñado de sucesos reales; si bien no todo lo era, ni mucho menos. Ocurre que quien narra desde el presente una supuesta vida pasada goza del privilegio de la selección y del punto de vista óptimo para adobar la imagen más acorde a los intereses particulares. Si a ello se une el éxito económico en el seno del mercado, fácil es entender cómo el Piscator continuó tirando del hilo de la propia vida para dar oxígeno a la *Vida* literaria.

Ello da lugar, como detalla Gómez Canseco, a un Torres ficticio, cuyas fronteras con el real no siempre serían fáciles de percibir por los lectores, pues precisamente de eso se trataba. Pese a la originalidad del objetivo, Torres no creó *ex nihilo* su novedosa *Vida*, sino que dialogó con los géneros de la tradición que mejor conocía y en el proceso tomó conciencia de que la autobiografía que urdía contaba con perfiles y contornos genéricos propios. En este sentido, explica Gómez Canseco, resolviendo no pocas controversias críticas al respecto, que, en efecto, «al menos formalmente, la *Vida* es una autobiografía, en la que autor, narrador y personaje vienen a coincidir» (pág. 290).

En paralelo a ello, aclara también otro asunto crítico no menor: la cuestión de lo burgués. La etiqueta ha sobrevolado el horizonte interpretativo torresiano hasta el punto de convertirse en casi tópico crítico. Y de hecho funciona como una clave explicativa, pero solo parcialmente, puesto que hay algo en lo que repara Gómez Canseco que tiene una importancia capital: aun siendo innegable el halo burgués que destila buena parte de la *Vida*, no es menos cierto que el texto se encuentra vacío de cualquier tipo de conciencia social. En este sentido, se trataría de una composición con rasgos picarescos en cuanto a estructura, formalización, recursos narrativos, perspectivismo, fórmulas codificadas e incluso ciertos lances episódicos calcados de los modelos canónicos, pero sin la ácida y desengañada visión de un mundo hostil hacia el protagonista. Por lo tanto, como sentencia Gómez Canseco, no sin ofrecer un amplísimo repertorio de argumentos y pruebas, «la autobiografía de Torres Villarroel dista de ser una novela picaresca» (pág. 293). Debate zanjado, pues no lo dice cualquiera, sino nada más y nada menos que el autor de la edición definitiva del *Guzmán de Alfarache* (RAE, 2012) y autoridad indiscutible en este género literario.

Probar lo que no es la *Vida de Diego de Torres Villarroel*, pese a las asunciones establecidas, ya sería de por sí un gran servicio al avance filológico. Pero Gómez Canseco no se queda ahí. Detalla hasta las últimas consecuencias en qué consiste la particularidad y naturaleza de esta autobiografía ficcional. Para ello invita a considerar una triple naturaleza de la obra: material, personal y literaria. Por obvio que resulte, a veces se pasa por alto la dimensión física del objeto libro, con todo lo que ello comporta. Y justamente en eso se detiene el estudioso,

explicando la importancia que lo crematístico y mercantil tiene en el diseño del producto textual y en la gestión de las sucesivas entregas. Ello repercute de manera directa en la satisfacción personal de quien escribe, en su deleite y satisfacción, aspectos que definen una manera de estar en el mundo muy propia y específica de Torres.

Por último, se aborda lo que más interés y complejidad entraña: la dimensión literaria, que se construye de una manera libérrima, porque así podía hacerlo quien gozaba de la independencia que procuran la seguridad económica y el confort de sentirse a gusto con el lugar que se ocupa en el mundo. Como precisa Gómez Canseco, probablemente «ahí reside la clave de la singularidad de la *Vida* y de su modernidad, en la libertad con la que usó de todo lo que le vino en gana para conformar una obra por completo personal e indefinible. Por eso no tiene antecedentes en la historia de las letras hispánicas y por eso también carece de herederos» (pág. 298).

Los dos últimos bloques del estudio preliminar, de enorme interés y honrada, atienden a la tipología del lector que construye Torres Villarroel con su producción literaria, el cual valida el éxito de su propuesta, así como a las vicisitudes de la transmisión impresa de la obra, con sus lógicas deturpaciones y complejidades ecdóticas.

En el cuarto bloque, «Del lector a la escritura», aclara Gómez Canseco cómo Torres Villarroel llegó a crear una marca propia identificable en el mercado y garante del éxito de todo lo que producía bajo su nombre. Tanto es así que no fue otro sino el Piscator quien introdujo en España el modelo de las suscripciones, que era la forma de financiar por cuenta de otros los riesgos de todo empeño editorial. Pero, además, la suscripción, en manos de Torres Villarroel, se convirtió de paso en un bien de prestigio al servicio del enaltecimiento de su imagen, de manera que el listado de suscriptores, más allá de ser un mero elemento informativo o publicitario, se convierte en una pieza discursiva indescartable de la construcción de la *Vida*. Tan es así que el estudioso, con muy buen criterio y contrariamente a lo que hacen todas las ediciones modernas, que prescinden del listado, opta por editar la nómina de paganos dentro del texto fijado y anotarlos muy pormenorizadamente, pues forma para consustancial del discurso (págs. 173-186) que construye Torres y que ofrece a su público.

El lector, al fin, siempre está en el punto de mira de Torres Villarroel. Y con esta instancia de la comunicación literaria establece una relación ambigua, ya que hay lugares en que se muestra distante, esquivo e incluso altanero hacia el vulgo; en tanto que otras veces lo adula y atrae hacia su causa. Pero sea como fuere, el «tú», la segunda persona, como explica Gómez Canseco, alcanza una importancia de primer orden en la construcción de la *Vida*, actuando como «un

personaje silencioso y, sin embargo, decisivo, para la articulación del discurso» (pág. 311), según demuestra explicando sus diversas funciones.

Por último, en «El texto o la *Vida*» y en «Esta edición», Gómez Canseco repara en las vicisitudes editoriales de la autobiografía de Torres Villarroel, que se fue construyendo a lo largo de tres lustros: los primeros cuatro «trozos» ven la luz en 1743, el quinto lo hace en 1750, en tanto que el sexto y último que llegó a alumbrar la pluma torresiana salió de los tórculos y los tipos en 1759. La *Vida* gozó de un éxito fulgurante e inmediato. De hecho, en 1743 salen nada más y nada menos que tres ediciones en Madrid, Sevilla y Valencia, con variantes lógicas. Como Torres supervisó parte del proceso de transmisión de las primeras impresiones y vigiló de cerca la fortuna comercial de su *Vida*, la tarea del editor moderno no requiere de difíciles cavilaciones para el establecimiento del texto base. En el caso que nos ocupa, Gómez Canseco adopta para los cinco primeros trozos la impresión salmantina de 1752 a cargo de Pedro Ortiz Gómez, que formaba parte de las obras completas supervisadas por Torres Villarroel y que, sin duda, responde a la última voluntad autorial, como se colige de las enmiendas que introduce el Piscator y que Gómez Canseco identifica y analiza. Para el sexto trozo se adopta, con las debidas intervenciones, la edición de Antonio Villagordo, que ve la luz en 1758 y que constituye el único testimonio previo al fallecimiento del escritor.

Sin embargo, la facilidad de seleccionar los testimonios mejores en un caso como este no exime al editor crítico de la pesadosa obligación de un cotejo esmerado, pormenorizado, riguroso y, por qué no decirle, encomiable por la cantidad de energía y tiempo que se invierte en ello. Después de concluirlo se pueden corregir ciertos fallos mecánicos de quienes manufacturaban el libro o algún *lapsus calami* del autor, ofreciendo a día de hoy la mejor edición de la *Vida* de Torres Villarroel, la única verdaderamente crítica desde el punto de vista ecdótico y la que, al menos textualmente, está llamada a ser la definitiva.

El cotejo de Gómez Canseco no se limita a las fuentes primarias y de época, sino que se extiende hasta la edición de 1820 y a las principales y más autorizadas de los siglos XX y XXI. Del cotejo se deduce que por más que alguna edición moderna se autoproclama «crítica» y se manifiesta como hija de una revisión pormenorizada de las ediciones previas, lo cierto y verdad es que no siempre se hace lo que se dice: los resultados expuestos en el «Aparato crítico» (págs. 347-365) y el espíritu de Lachmann no nos dejarán mentir, pues los errores conjuntivos que fácilmente se pueden consultar en el listado de variantes delatan el seguimiento casi a pies juntillas a una u otra edición previa, desatendiendo la compulsa de testimonios que valida la etiqueta de «crítica».

Debe decirse que el editor trata con tantísimo respeto y caballerosidad a quienes le precedieron que no afea en ningún momento la manera de proceder

—o de decir sin hacer— de algún editor que presume de cotejar, aunque copia directamente de una edición anterior revisando, en el mejor de los casos, algún puñado de *loci critici*. Quienes hemos tenido la fortuna de seguir los trabajos de Gómez Canseco y disfrutamos del regalo de sus ediciones sabemos que esta exquisitez y *savoir faire* son marca de la casa. Pero el reseñador de una obra como esta debe señalarlo —sin necesidad de indicar nombres: quien desee saber que acuda a las variantes— para darle a esta *Vida* el lugar que tiene dentro de los estudios torresianos y subrayar el mérito de la que no es únicamente la mejor, sino desde el punto de vista filológico y ecdótico la única edición verdaderamente crítica de la *Vida de Diego de Torres Villarroel*. Y a buen seguro que continuará siéndolo durante muchísimo tiempo, pues solo se hace una edición crítica para mejorar el texto de las que ya existen y, ciertamente, a día de hoy, el texto no puede mejorarse.

Ese texto, dicho sea de paso, se presenta, como es habitual en la colección de la Real Academia Española, con un apartado de notas a pie de página cuya finalidad es auxiliar al lector en la inmediatez de la lectura, para que pueda seguir la literalidad de lo escrito sin perderse en sentidos distractores por la distancia temporal de léxico y referentes. Además, la mayoría de estas notas contienen una llamada a las «Notas complementarias» (págs. 367-417), donde se pueden ampliar las noticias con una amplia información de lo expuesto, referencias bibliográficas al estado de la cuestión o lugares paralelos en textos literarios que aclaran los sentidos de lo anotado. Sería imposible justipreciar la riqueza de estas notas complementarias, pero valdrá como muestra del paño la que amplía la referencia del «trozo tercero» sobre «la similitud que tiene mi gesto con la cara del mamarracho que se imprime en la primera hoja de mis almanques» (pág. 52). Dicha nota, además de explicar el sentido del pasaje, reproduce el retrato de su persona grabado en la impresión del *Viaje fantástico del Gran Piscator de Salamanca* (1724). Tal es el rigor y riqueza de esta anotación.

Entre el aparato de notas y la extensísima y pormenorizada «Bibliografía» (págs. 447-478) se incluyen dos anexos: uno con paratextos de distintas ediciones que no se reproducen en la fijación del texto, por obvias razones de permutabilidad editorial, y un interesantísimo epígrafe dedicado a las «Geografías torresianas», firmado por Alfonso Doctor Cabrera, que explica y reproduce gráficamente todas y cada una de las localizaciones mencionadas en la *Vida*, lo que permite al lector tener una brújula para marear (sin marearse) en los lugares y espacios que fatigó el personaje de ficción Torres, a zaga de su Torres histórico.

Esta *Vida*, en suma, parecería resultado del trabajo de toda una existencia, pero es una más de las odiseas filológicas del profesor Gómez Canseco, quien

alumbra en cada una de sus ediciones los caminos que deben seguirse para no perderse en los vericuetos del texto, tanto en su dimensión ecdótica como histórica y literaria.

IGNACIO GARCÍA AGUILAR